

Recojan los pedazos que sobran, para que nada se pierda (Jn 6,12)

Fecha recibido: 20/05/2024 - Fecha publicación: 21/06/2024

Hna. Patricia Osorno, CCV¹¹

El título de la presente reflexión está tomado de la escena de la multiplicación de los panes y los peces. El evangelista Juan es el único que nos transmite este mandato de Jesús a sus discípulos después de que toda la multitud quedara saciada.

Ciertamente nos encontramos en el contexto de la celebración eucarística, así lo sugiere el verbo *eucharistēō*, dar gracias: “Entonces Jesús tomó los panes, y *habiendo dado gracias*, los repartió a los que estaban recostados; y lo mismo hizo con los pescados, dándoles todo lo que querían” (Jn 6,11). Los pedazos sobrantes son signo de la riqueza de los dones de Jesús, que sobreabundan; son signo de que allí donde todos los hombres y mujeres comparten en solidaridad, la escasez desaparece. Como dicen bellamente Mateos y Barreto (1979), “lo que estaba destinado a perderse, deberá ser principio de otras abundancias. Hay que multiplicar incesantemente el amor y el pan. La comunidad continuará la obra de Jesús” (p.318).

En el XVII Congreso Eucarístico del 2022 celebrado en Matera, el Papa recordó que el Señor nos reúne en torno a su mesa, haciéndose pan para nosotros; su himno decía: “Es el pan de la fiesta que, en la mesa de los hijos, [...] crea el compartir, refuerza los vínculos, sabe a comunión”. Sin embargo, recuerda el pontífice, que el pan no siempre se comparte en la mesa del mundo: “es cierto; no siempre emana la fragancia de la comunión; no siempre se parte en justicia”.



11. Religiosa Carmelita de la Caridad Vedrúna. Profesora de Sagrada Escritura. Candidata al doctorado en teología, Pontificia Universidad Javeriana (PUJ); Magister en Teología Bíblica de la Pontificia Universidad Gregoriana; Especialista en Biblia de la Uniclaretiana; Licenciada y Bachiller eclesiástico en Teología de la PUJ. Correo electrónico: patry.osorno@gmail.com

* Los dibujos son obra de la Hna. María Begoña Fernández, CCV.

Para nosotros, como religiosos y religiosas, la Eucaristía que celebramos y compartimos cada día, debe ser nuestro modo concreto de manifestar la pasión de Dios por la gente, a la que excluye la globalización económica en una creciente “cultura del descarte”, en la que, como se expresa en *Fratelli Tutti*, se pone de manifiesto que “nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos”.

“Que nada se pierda”

Este mandato de Jesús es un imperativo urgente ante la crisis alimentaria que viven millones de personas. Según la FAO (2023), “casi 282 millones de personas de 59 países y territorios, padecieron niveles elevados de hambre aguda en 2023, lo que supone un aumento a nivel mundial de 24 millones con respecto al año anterior” (p.7). Al informe sobre la exponencial crisis alimentaria, se opone, irónicamente, el vergonzoso desperdicio de alimentos: “en América Latina y el Caribe se pierde el 11,6 % de los alimentos. Esto equivale a 220 millones de toneladas de alimentos / año, 330 kg / cápita / año. Estimación económica de ciento cincuenta mil millones de dólares / año” (FAO, 2023).

Los datos que presentan dichos informes resultan chocantes y contradictorios, cuando diversos organismos denuncian el aumento en los desperdicios de alimentos, que, por un lado, nos parece escandaloso cuando tantos mueren de hambre y, por otro, es considerada la tercera fuente de emisiones de gases de efecto invernadero. Según Andersen, directora ejecutiva del programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente –UNEP (2021):

El desperdicio de alimentos también supone una carga para los sistemas de gestión de residuos, y agrava la inseguridad alimentaria, lo que lo convierte en uno de los principales contribuyentes a las tres crisis planetarias del cambio climático: la pérdida de naturaleza y biodiversidad, la contaminación y los residuos. El informe estima que el desperdicio de alimentos procedente de los hogares, los establecimientos minoristas y la industria alimentaria asciende a 931 millones de toneladas al año. (p. 4)



La Biblia no es ajena a las injusticias sociales que se generan en torno a la mesa, como narra la icónica parábola del rico y el pobre Lázaro:

Había un hombre rico, que se vestía con ropa fina y elegante y que todos los días ofrecía espléndidos banquetes. Había también un pobre llamado Lázaro, que estaba lleno de llagas y se sentaba en el suelo a la puerta del rico” (Lc 16,19-20).

Basta leer los primeros versículos del relato, para darnos cuenta de que aquello que se pone en evidencia, no es la abundancia de comida, sino que unos tengan para darse lujosos banquetes, mientras otros mueren de hambre, mirando hacia la mesa de los opulentos del mundo. Esto es un verdadero escándalo.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, la mesa compartida celebra la unidad, la comunión. En torno a la mesa se viven los valores de aquello que se proclama (cf. Hch 2,44). Para las primeras comunidades, como menciona Barrios (2008), “la comida, los alimentos y la mesa son signos sociales de unidad, que simbolizan la acción de compartir la vida; sin embargo, y como paradoja, también segregan” (p. 358).

Pablo denuncia las injusticias que, en la comunidad de Corinto, se generaban en torno a la cena del Señor: “cuando se reúnen, esto ya no es comer la cena del Señor, porque al comer, cada uno toma primero su propia cena; y uno pasa hambre y otro se embriaga” (1Co 11,20-21). Por su parte, el autor de la Carta de Santiago también advierte que la fe tiene implicaciones éticas que exigen una praxis concreta:

Si un hermano o una hermana no tienen ropa, y carecen de sustento diario, y uno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, por sí misma, si no tiene obras, está muerta” (St 2,15-26).

Así mismo, según la Pontifica Comisión Bíblica, la caridad, la comensalidad, se convierte, entre otras cosas, en factor de comunión (*koinōnia*) entre los hermanos (p. 100).

El cuaderno 228 de *Cristianismo i Justicia*, ofrece una amplia reflexión, desde diversos enfoques, sobre el desperdicio de alimentos. Según Romero y Tatay (2022):

Una respuesta eficaz al despilfarro de alimentos requerirá cambios en la forma en que valoramos y consumimos los alimentos [...] Tenemos que mejorar nuestras habilidades para planificar, comprar y consumir alimentos, así como cambiar nuestros puntos de vista sobre lo que consideramos «buena» comida (en la actualidad se descartan alimentos perfectamente comestibles porque su tamaño, color o forma se consideran desagradables para el consumidor). (p. 8)

Hablar de la comida y las prácticas alimenticias en nuestras comunidades religiosas es hoy un tema urgente y, más aún, cuando se constata que las enfermedades asociadas a los trastornos alimentarios, como son la anorexia, la bulimia, la obesidad, la gastrimargia, todas ellas relacionadas con situaciones psico-espirituales, se han convertido en un verdadero problema de salud pública.

Una auténtica ironía que pone de manifiesto, así como muchas otras situaciones, la complejidad que vive nuestro mundo, fuertemente marcado por el individualismo y la búsqueda ansiosa de hipersatisfacción de las propias necesidades fisiológicas. Asimismo, se constata una creciente cultura del consumismo y del descarte, realidades a las que no somos inmunes como religiosos y religiosas.

La comida y los ritos religiosos

En muchas culturas ancestrales, la comida y los frutos de la tierra están vinculados con la ofrenda (Gn 4,3). También están relacionados, como sucede hoy, con las fuertes injusticias y brechas sociales. Ya el profeta Isaías denunciaba el ayuno religioso como un acto aislado de la justicia y el derecho:

¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados, ¿y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes? (Is 58,6-7)

Por otro lado, estudios antropológicos como el expuesto por la Pontifica Comisión Bíblica. (XX97), han demostrado, que la mayoría de los ritos religiosos, están relacionados con la comida. En un estudio de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (2012), se afirma que “todos los alimentos básicos han sido considerados sagrados por las diferentes civilizaciones. En el origen más primitivo de muchas religiones, se encuentra el fundamento agrícola” (p.12).

Bastaría hacer referencia a la celebración del Día de los Muertos en México, y otras muchas celebraciones en todo el mundo que, como afirman Romero y Tatay (2022), permiten evidenciar “que las creencias y prácticas religiosas determinan los comportamientos sociales. La cantidad de alimentos que comemos, cómo se preparan, cuándo se comen y cuánto se desperdician, depende – en cierta medida – de las prohibiciones alimentarias, los calendarios litúrgicos y los hábitos espirituales” (p. 17).

Hoy vamos tomando mayor conciencia, gracias al despertar espiritual, de que todo está interconectado, que las injusticias sociales van de la mano con la degradación del medio ambiente, así como el desperdicio de alimentos está conectado con la fuerte crisis alimentaria que viven muchos pueblos. Esto nos habla de la forma cómo estamos concibiendo el mundo y nuestra forma de estar en él.

La comida y su dimensión psico-espiritual

La Real Academia Española define el verbo *comer* como masticar y deglutir un alimento sólido. Ingerir alimentos. Sin embargo, este acto implica mucho más que satisfacer las necesidades básicas. Es un acto ético que apela a la responsabilidad humana y al bien común. Como alude Hernández (2007) en su artículo *Aproximaciones al mundo de la comida y el comer. Espacio Abierto*:

llamamos comida no solo a lo que contiene una olla o un plato, sino a la situación completa, a aquella que irradia hacia y desde el plato, en términos por ejemplo de hora: desayuno, almuerzo y cena; de intenciones: seducción amorosa, confirmación de amistad, promesa de negocio, rutina o celebración familiar, y de muchos otros sentidos posibles”

En definitiva, nuestra forma de comer y relacionarnos con los alimentos, habla de nuestra vida psico-espiritual y de los principios y valores sociales que nos constituyen.

Los padres de la iglesia relacionaron muy temprano estas dos dimensiones cuando hablaron de la gula como una enfermedad espiritual y una de las primeras pasiones del ser humano, entendida, como expresa Rivas (2012), no solo en el campo del alimento ni en las necesidades del cuerpo, aunque ambos estén implicados en esta pasión, sino en el uso que se hace del alimento y en saber si responde realmente a las necesidades del cuerpo, o el deseo sobrepasa a la necesidad, hasta el punto de ir contra la finalidad “natural” para la que ha sido creado el alimento: conservar la vida del ser humano y dar gracias a Dios por los bienes recibidos (p. 59).

Michael Bernard afirma que “el cuerpo es el lugar en el que la sociedad se mira, se experimenta y obra sobre ella misma” (Carta y Castellani, 2018).

Garantizar la sostenibilidad alimentaria, así como su calidad y su estabilidad, es un asunto de carácter ético, de derecho y de justicia, que implica a cada ser humano.

“*Danos hoy nuestro pan de cada día*” es una de las súplicas del Padre Nuestro que pedimos frecuentemente, que nos pone en actitud de confianza en Dios, y que nos lleva a estar atentos a tantos despilfarros en el mundo, de los que, como religiosos y religiosas, sabemos que no estamos exentos.

Comida y equidad

Jesús había sido criticado por entrar y comer en casa de pecadores. Conforme a Aguirre (1994) con estas dos acciones, “Jesús cuestiona las fronteras éticas y simbólicas de la sociedad judía del s. I, a la que lógicamente pone en crisis. En efecto, las normas de pureza, que presiden los ritos de mesa, delimitan al propio grupo frente a los extraños” (p. 22). Solo los *justos*, aquellos que cumplen todas las condiciones según la ley, son quienes pueden sentarse a la mesa; los demás, como los pobres, los pecadores, o las prostitutas, eran excluidos. Jesús, cuestionado y señalado, lleva la mesa del banquete del Reino al desierto, a los lugares inhóspitos... allí todos entran y el alimento se hace abundante.

En el libro del Éxodo podemos encontrar un bello relato que nos habla de la comida, más concretamente del maná, un milagro del cielo para el pueblo errante en el desierto. El mandato que se da al pueblo, frente a tal don, es: “que cada uno recoja cuanto necesite para comer, un ómer por cabeza, según el número de personas que vivan en su tienda” (Ex 16,16). Esta indicación no habla solo de igualdad, de dar a cada familia en partes iguales, sino de equidad, es decir, dar aquello que cada uno necesita para alimentarse justamente; de ahí que usen la expresión “por cabeza”.

Según el relato, cada Israelita tomó aquello que necesitaba y a nadie le hacía falta nada (Ex 16,18). Sin embargo, esta concepción de equidad y equilibrio alimenticio duró poco y, la advertencia de Moisés que denunciaba el peligro de la acumulación, “que nadie guarde nada para mañana”, fue rápidamente infringida. Podríamos decir que es aquí donde encontramos la primera referencia al desperdicio de comida en la Biblia: “algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se

llenó de gusanos y se pudrió” (Ex 16,20). Marcela Vega (2010) nomina este hecho como *el castigo de la basura*. Afirma, además, “que el desperdicio no obedece al apetito natural de las personas, o al goce sobre los objetos que son resultado del desarrollo creativo de los seres humanos, sino que obedece a una razón menos visible, más elaborada socialmente, que entraña el carácter obsesivo de la acumulación” (p. 14).

Comida, hambruna y acumulación

La Biblia narra las continuas hambrunas que tuvieron que enfrentar el pueblo de Israel y sus vecinos. La frase: “Y hubo hambre en la tierra...” (Gn 12,10; 43,1; Rt 1,1; 2S 21,1; 1R 18,2) es testimonio de tal situación, que parece haber sido frecuente en aquella época, cuando las comunidades del Antiguo Oriente Próximo, eran mayormente nómadas. Esto se puede confirmar anotando que el sustantivo *rá’áb*, hambre, recurre aproximadamente 101 veces en el Antiguo Testamento.

Los capítulos de Génesis 41 al 47 son quizás uno de los testimonios más extensos de un periodo de hambre que empieza con la afirmación: “Y el hambre se extendió sobre *toda* la faz de la tierra” (Gn 41,56).

Según el relato del libro del Génesis (Gn 41), Egipto logró, durante años de bonanza, proveer sus graneros hasta rebosar, garantizando así el bienestar de su grupo social, a través de lo que era, en principio, una estructura de sostenibilidad (Gn 41,57). Sin embargo, este sistema de acumulación fue cambiando sus principios éticos hasta volverse una estructura esclavista (Ex 1) que basaba sus principios en el hambre, dejando de lado, todo proyecto de solidaridad y circulación de bienes.

Comida y dominio de sí

Comer es uno de los muchos actos básicos del ser humano; de hecho, es a través de este, como el hombre tiene su primer acceso al mundo y, por ese mismo medio se mantiene en él; sin embargo, cada vez queda más evidenciado que este conlleva una responsabilidad socio-espiritual, teniendo presente que los recursos finitos del

planeta están siendo agotados por los deseos infinitos de la humanidad.

Para el sabio autor del libro del Eclesiástico, el cómo se consumen los alimentos es signo del dominio que la persona tiene de sí misma, es decir, habla de los valores sobre los que se asienta su dimensión psico-espiritual:

Hijo mío, muestra en el comer que eres dueño de ti mismo,

y evita las cosas que te hagan daño,

pues no todo es bueno para todos,

ni a todos les sientan bien todos los alimentos.

No te abalances sobre todo lo que más te guste,

ni te dediques a comer todo lo sabroso.

Porque en las muchas comidas exquisitas anida la enfermedad,

y el mucho comer produce náuseas.

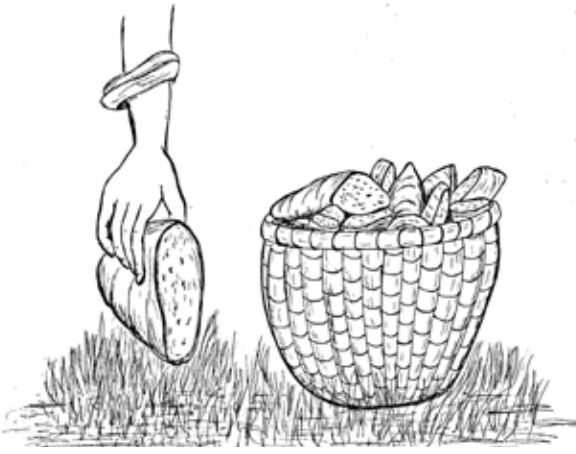
Por falta de moderación, muchos mueren;

pero el que se domina tiene larga vida (Si 37,27-31).

Conforme a la Pontificia Comisión Bíblica, el texto del libro del Eclesiástico “advierte que toda forma de gula voraz y toda manifestación de bulimia, tienen como efecto la destrucción del organismo. Al mismo tiempo, la búsqueda espasmódica del placer del paladar constituye un vicio nocivo para el individuo y la colectividad” (77).

Consideraciones finales

El mandato de Jesús: “Que nada se pierda”, sigue siendo hoy una invitación a tomar conciencia frente al hecho de que según Romero, y Tatay (2022), “la generación de alimentos es un esfuerzo cooperativo, y el desperdicio de alimentos es un signo de arrogancia en una cultura que no es capaz de valorar ni de orar en acción de gracias por los alimentos que ha recibido” (p. 19).



Para la vida religiosa, la mesa, el sentarse juntos, no puede ser solo un punto de encuentro, sino un lugar de fraternidad que tiene –como hemos dicho– el valor del *com-partir*, que para nosotros se relaciona con la partición. Solo podemos *com-partir* cuando formamos parte del universo vital y del entorno concreto de aquellos y aquellas con quienes deseamos partir la vida.

En una sociedad tan dolorosamente excluyente que produce tantas víctimas y en la que también florece la solidaridad ante el sufrimiento ajeno, el mandato de servir a imagen de Jesús implica para los creyentes una apuesta por la transformación de la sociedad hacia condiciones más dignas de vida para nuestros jóvenes, para los indígenas, los campesinos, y, hasta para nuestra vida comunitaria. Servir, como dice Gaitán (2022), sin pasar factura ni esperar recompensas, renunciando, inclusive, a los beneficios en términos vocacionales o a cualquier tipo de reconocimiento (p. 168).

Compartir, conlleva participar tanto de un universo global, como de lo más próximo; supone reciprocidad. Es muy distinto partir algo para otro, que partirlo con otro. Quien comparte, se hace compañero, compañera, no ayudante ni bienhechor. Es poder dar y poder recibir. Dar y recibir con *Justicia*, sin afán de poseer, ni manipular (Is 58,6-12). Es cuidar los dones *celestiales* y *terrenales* para que nada se pierda.

El sentido de la vida cristiana y, dentro de ella la vida religiosa, nunca está en sí misma, ni para sí misma, sino en partirse y compartirse con todos los que son expulsados y expulsadas a las periferias geográficas y existenciales, fronteras y desiertos de los sistemas

socioeconómicos y religiosos. Allí, estamos llamados a entregar con derroche, desmesuradamente nuestra vida, “para que nada se pierda”.



Que no se pierda nada,
ni el gesto, la mirada,
la justicia,
el abrazo que sana.

Que no se pierda nada,
la mano que bendice,
que levanta,
que parte con otros
su tiempo y su pan,
su vida, su silencio y su palabra.

Que no se pierda nada...1

Referencias

- Aguirre, R. (1994). *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*. Santander: Sal Terrae.
- Barrios, H. (2008). Comida, mesa y banquete: de la Primera a la Segunda Alianza. *Theologica Xaveriana*, 58 (166), 345-379.
- <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2022/documents/20220925-omelia-matera.html>

1. Poema de Daylenis Lara. Novicia de las Siervas de San José.

- Carta, C. y Castellani, M. (2018). Psicomotricidad y trastornos de la conducta alimentaria: miradas y prácticas complejas para una intervención en el campo adulto. Miño y Dávila. <https://elibro.net/es/lc/uniagustiniana/titulos/123457>
- FAO. (2023). Global Report on Food Crises. <https://www.wfp.org/publications/global-report-food-crises-2023>
- Francisco. (2020). *Fratelli Tutti*, 18. Vaticano. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_encyclica-fratelli-tutti.html
- Francisco. (2022) Visita pastoral a Matera tras clausura del XXVII Congreso Eucarístico Nacional. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homili...>
- Gaitán, T. (2022). "Partir el pan, compartir la mesa. Icono y exigencia de sinodalidad". *Vinculum*, 280, 159-169.
- Hernández, M. (2007). En torno a un plato de comida: aproximaciones al mundo de la comida y el comer. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 16 (2), 243–260.
- Mateos, J. y Barreto, J. (1979). *El Evangelio de Juan*. Madrid: Ediciones Cristiandad
- Pontificia Comisión Bíblica. (2019). "¿Qué es el hombre?" (Sal 8,5). Un itinerario de antropología bíblica. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/pcb_documents/rc_con_cfaith_doc_20190930_cosa-e-luomo_sp.pdf
- Rivas, F. (2012). *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia*. Madrid: San Pablo
- Romero, J., y Tatay, J. (2022). El desperdicio de alimentos. *Cristianismo y Justicia* 228. https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/es228_0.pdf
- UNEP. (2021). Reducción del desperdicio de alimentos por parte de los consumidores mediante tecnologías ecológicas y digitales. <https://unepccc.org/wp-content/uploads/2022/04/spanish-version-unep-food-waste-report-2021-final.pdf>
- Universidad Popular Autónoma. (2012). *Antropología Culinaria*. Ciudad de Puebla: Editorial de la Universidad Popular Autónoma. https://investigacion.upaep.mx/micrositios/assets/antropologia-culinaria_final.pdf
- Vega, M. (2010). "El alimento de la felicidad. Reflexiones sobre el sentido del alimento a propósito de la soberanía alimentaria". *RIBLA*, 66, 9-18.